



GRACIELA
RAMOS

ANTONIA

 Planeta

GRACIELA RAMOS

Antonia

 Planeta

I

Primavera de 1930, Buenos Aires, Argentina

Lo hacía de forma mecánica: contaba los pasos desde que bajábamos del auto hasta la puerta de la iglesia. Uno, dos, tres, cuatro. Luego me detenía y acomodaba el pie derecho para ingresar. Alguien alguna vez me dijo que hay que entrar con el pie derecho; entonces podía pedir un deseo. Yo lo había hecho la primera vez y lo repetía cada domingo. Si por descuido entraba con el pie equivocado, regresaba y volvía a cruzar el umbral para salvar mi error. Si no lo hacía, me cuestionaba por qué no lo había hecho.

Por supuesto que no me gustaba ir a misa, pero eso no estaba en discusión en mi familia. Me entretenía mirando al cura. Mientras trazaba la señal de la cruz, lo imaginaba desnudo; a los monaguillos, tan angelicales, vestidos de niñitas. A los santos, con esos rostros duros, los ignoraba, pero no me sacaban los ojos de encima. Me miraban como si supieran lo que callaba, lo que escondía. Sus miradas me pesaban; sentía cómo me recorrían, como si quisieran arrancarme una confesión. Me juzgaban en silencio. Me repetían todo lo que hacía mal, todo lo que era y no debía ser: rebelde, ingrata, desobediente. Esa certeza silente e insoportable con la que me acusaban me revolvía por dentro. Los odiaba. Odiaba ir a misa.

Cada familia tenía un lugar predeterminado en ese castillo del terror. No era solo la iglesia: era una escenografía, y los asistentes formaban una coreografía ensayada, donde cada apellido ocupaba su

sitio como si fuera un rol heredado, una marca de nacimiento imposible de borrar.

La mía, como era de esperar, se ubicaba adelante. A la vista de todos, como correspondía a una familia tradicional porteña de la alta burguesía. Mi madre se encargaba de que no lo olvidáramos. Le encantaba recordármelo en cada oportunidad; sobre todo cuando, según ella, tenía comportamientos «no acordes». «No acordes», decía, como si la vida fuera una partitura y yo, una nota musical desafinada. Como cuando ella tocaba el piano ebria.

Mi padre descendía de una larga estirpe de aristócratas que aún conservaba sus títulos nobiliarios. En casa, los apellidos pesaban más que las ideas, y las apariencias valían más que cualquier verdad. Bueno, puedo decir que los apellidos pesaban tanto como las ideas...

Era tan asfixiante. Las mujeres con sus collares de perlas, los hombres con trajes oscuros que olían a baúl cerrado, los saludos medidos, las sonrisas de compromiso. Todo estaba calculado, incluso el modo en que debían inclinar la cabeza al pasar frente al altar.

Yo ocupaba mi lugar, sí, porque no tenía alternativa. Pero me ardía una rabia silenciosa en el pecho; una incomodidad que me raspaba por dentro cada vez que escuchaba a mi madre hablar con esa voz impostada que usaba para las misas, los eventos sociales y, muy a menudo, para disfrazar sus reproches de buenos modales.

Me sentía como una pieza fuera de lugar en un vitral montado varias generaciones atrás. Y tenía miedo. Miedo de ser la grieta que rompiera el dibujo.

—Otra vez sin guantes —me imputó al oído.

—Perdón, madre, los olvidé —mentí.

La moda, tan importante para ella, era su lenguaje, su escudo y su modo de asegurarse de que todos se vieran bien. Los primeros figurines que llegaban de Europa —esas láminas delicadas como hostias profanas— no iban a las tiendas, ni siquiera a los salones más exclusivos: iban directo a sus manos. Mi madre los recibía sin ceremonias, los estudiaba con devoción. Era, quizá, su manera de participar en un mundo que creía propio, que le pertenecía por derecho.

¿Y yo? Yo no sentía eso. Tal vez me atraían los vestidos modernos: más sueltos, más cortos, más aireados, más cómodos. Me dejaban respirar. A veces me sentía distinta al resto, como si viniera con un error de fábrica, como si se les hubiera corrido el molde y yo hubiera quedado con alguna falla. Y claro, ese detalle siempre terminaba metiéndome en problemas.

Zoltán decía que yo ponía en riesgo las cosas valiosas de mi vida solo porque las tenía al alcance de la mano. Bueno. Él era el hijastro de Ramón, nuestro chofer. Pero detrás de esa historia había otra que nadie contaba, ni siquiera él. Años atrás habían llegado unos gitanos, y Ramón acogió a una mujer con un bebé que buscó refugio en sus brazos —dicen— tratando de escapar. Ella murió poco después, y Ramón se quedó con el niño, Zoltán, a quien crio y amó, como si fuera su propio hijo.

Nuestra amistad nació el primer día que nos vimos, allá lejos y hace tiempo. A mí, claro, me tenían prohibido hablar con Zoltán. Ni siquiera era necesario repetirlo: su existencia estaba fuera del mapa. Pero nosotros siempre encontrábamos la forma de vernos. Nos deslizábamos por los márgenes como dos palabras tachadas que aún querían decir algo. Teníamos escondites, lugares donde no existían los apellidos, donde cada uno podía ser y hacer lo que quisiera. Ahí le enseñé a leer y a escribir, letra por letra. Era más importante para él que para mí, por eso lo hacía.

Zoltán no tenía apellido ilustre; solían referirse a él como «el gitano» o «el hijastro del chofer». Si mi madre quería darle un tono lastimero a su relato, lo llamaba «el huérfano». Pero para mí Zoltán era un refugio; con él, yo no sentía que estuviera mal hecha.

Cuando terminó la misa, tocó pavonear en el patio de la iglesia. Eterno. Y cuidadito si no saludaba o no compartía algunas palabras con las «señoritas», mis amigas. Mi madre ni imaginaba las oraciones que salían de esas boquitas educadas y de «niñas bien», como le gustaba llamarlas.

Al ver a Ramón, me invadió la ansiedad —y la alegría— de poder regresar a casa. Los domingos eran mis días preferidos porque Zoltán no trabajaba; entonces podíamos escabullirnos. Aunque

últimamente estaba un poco arisco. El domingo pasado le había pedido que fuéramos a espiar el paseo de los graciosos, como solía llamarlo, pero puso mil excusas. Luego lo vi salir solo. Sin mí. Sentí que mi refugio se cerraba.

II

Estaba en mi lugar preferido de la casa —el escritorio de mi padre— cuando escuché pasos. Quedé paralizada: no era común que él apareciera allí a esa hora. Me escondí, porque no le gustaba encontrarme husmeando entre sus papeles. La puerta se abrió y escuché su voz. No estaba solo. ¿Qué hacía ahí? ¿Quién lo acompañaba?

—Se llama Mercedes Castillejo y colabora en *La Antorcha*, ese pasquín de mierda que pretende pasar por periódico. Acá tienes la lista con el resto, y esta es su dirección. Esa mujercuela es la cabecilla de la caterva de españoles salvajes. Asústala bien. Y si se te va la mano, no me preocupa. Pero que no te descubran. El mensaje debe ser bien claro.

—De esa descarada me encargo yo. Con los muchachos ya nos sacamos de encima a unos cuantos anarquistas judíos del Once.

Reconocí la otra voz. Era la del hijo de Peralta, un político amigo de mi padre.

Sabía lo que pasaba. Muchas veces, cuando Zoltán me hablaba de sus manejos turbios, yo hacía la vista gorda. No porque lo aprobara, sino porque enfrentar a mi padre implicaba romper mi propio espejo. Él siempre tenía algo para criticar. Yo, en cambio, nunca hablaba mal de don Ramón, aunque sabía algunas cosas: que le gustaban los naipes y las riñas de gallos. También había escuchado, más de una vez, todo eso que a Zoltán le encantaba repetir. Yo sabía muy bien quiénes éramos; eso no significaba que compartiera las costumbres de los pitucones que se creían hombres

y no eran más que unos pobres infelices envueltos en trajes y poder. Zoltán era quien solía repetirlo, y yo acordaba.

Me quedé acurrucada detrás del sillón; intenté meterme debajo, pero no entré. Por suerte, no me vieron. Si me descubrían, me habría hecho la desmayada o hubiera ensayado una mentira.

La reunión fue breve. Cuando se fueron, esperé unos minutos y salí corriendo, repitiendo para mis adentros: «Mercedes Castillejo, *La Antorcha*». No quería olvidar ese nombre. Lo anoté enseguida en mi libreta y salí a buscar a Zoltán. Él tenía que ayudarme a encontrarla, a prevenirla. Pero Ramón me dijo que había salido temprano para cumplir con unas diligencias. No era lo que quería escuchar. Me fastidió que no estuviera ahí, como siempre, y para mí.

Decidí ir sola. Lo repetí varias veces, mientras caminaba, como si al decirlo pudiera convencerme de que era buena idea... ir sola... yo.

No fue fácil encontrar el diario. Caminé de un lado al otro de la calle, con el corazón golpeándome el pecho como si quisiera salir. Esperé en la vereda de enfrente, observando cada movimiento, cada sombra, cada puerta que se abría.

El problema era que no sabía cómo lucía esa tal Mercedes. Tendría que acercarme, preguntar, y la sola posibilidad me paralizaba.

Regresé. «Mejor esperar a Zoltán», pensé. Y lo esperé. Esperé, aunque odiaba esperar.

Siempre creí que él y yo éramos una sola historia contada desde dos bocas. Que lo compartíamos todo.

—¿Dónde estabas? Tenemos que hablar. Ya.

—Tranquila, ¿y ahora en qué andas? —respondió con esa media sonrisa suya, cansada, casi amarga, la que usaba cada vez que quería que lo dejara en paz.

—Ven conmigo. Mi padre es un asesino. Tengo que detenerlo.

—Ay, Antonia..., otra vez con lo mismo.

—¡No es lo mismo! Esta vez lo oí decir que va a darle un escarmiento a una mujer. ¡Tenemos que impedirlo!

—Tu padre vive dando escarmientos, Antonia. No es ninguna novedad.

—Mercedes Castillejo podría morir. ¿Entiendes? Morir. Y si tú no haces nada, serás tan culpable como él.

El nombre me salió como un disparo. Y le pegó. Lo vi. Le cambió la cara.

Zoltán se quedó helado; la mandíbula se le tensó.

—La conoces...

—No. No, no la conozco.

—No me mientas. ¿Quién es?

—Antonia, no me metas en esto. Sí, la conozco. Pero en dos meses me las tomo. Dejemos que la misa termine en paz, ¿sí?

Y ahí lo supe. Existía un mundo al que yo no accedía, una parte de su vida que me ocultaba. No me mantenía al margen para protegerme. Era una decisión. Y dolía.

—No entiendo por qué te vas. Estás bien acá. Estás conmigo.

—Tú estás bien. Yo no. Te lo he dicho hasta el cansancio.

—Con los gitanos no vas a estar mejor, te lo aseguro. Bueno..., ¿me vas a ayudar o vas a seguir haciéndote el distraído?

—Sabes bien que los gitanos no tienen nada que ver. Me voy porque necesito otra vida. Quiero tener mi propia vida.

—Acá tienes trabajo. Tienes comodidad. Tienes...

Me detuve. «Me tienes a mí», pensé. Pero no lo dije.

Zoltán me miró con esos ojos suyos que a veces parecían leer más de lo que yo estaba dispuesta a mostrar. Y no dijo nada. Ese silencio me aplastó, como si cerrara una puerta y me dejara del otro lado.

Claro que no quería que se marchara. No podía imaginar mi vida sin él. Formaba parte de mi historia desde que tenía memoria. Había sido mi compañero de juegos, mi aliado secreto, el que sabía dónde me dolía sin que yo hablara. El único en quien confiaba sin condiciones. ¿Cómo podía irse así? ¿Sería capaz de dejarme?

—¿Me vas a ayudar o tendré que ir sola? —pregunté, intentando disimular mi temblor. Nunca lo había visto tan decidido, y lo peor era que esa decisión no me incluía.

—Voy, voy... —dijo al fin, con una mueca que no supe si era sonrisa o rendición.

Salimos escondidos en uno de los autos de mi padre. Zoltán manejaba, como siempre. El motor rugía bajo nuestros pies y el silencio entre nosotros se estiraba, denso. Él había sido quien me enseñó a manejar, claro, a escondidas. Extrañaba esos días. Sin preguntas, sin despedidas, sin verdades que dolieran. No podía sacarme de la cabeza que pronto se marcharía. Su partida dejaría un vacío que no sabría cómo llenar. Sentía que él ya vivía lejos de mí, en un lugar extraño del que me había excluido. Se iba. ¿A dónde? ¿Cómo haría para quedarme acá, sola, sin él?

Estacionamos el auto a unas cuadras del diario. Zoltán conocía el lugar. Los hombres que estaban en la puerta lo saludaron con respeto. Ingresó y me hizo una seña para que yo esperara en la vereda. Esperé un largo rato. Impaciente, cuando me disponía a entrar, lo vi salir.

—Vamos, vamos —dijo.

—¿Y Mercedes?

—Asunto aclarado y avisado. Vamos, y quédate tranquila.

Claro que no me quedé tranquila. Lo había hecho todo él. Solo. No hablé durante el viaje de regreso. Él tampoco.